

# LA TERTULIA.

DIARIO POLITICO DE LA MAÑANA.

Viernes 14 de febrero de 1873.

NUM. 385.

AÑO III.

## LA TERTULIA.

MADRID 14 DE FEBRERO DE 1873.

### LAS PRÓXIMAS CONSTITUYENTES.

Periodos brillantísimos, épocas de impercedera gloria registran los anales de nuestra nación, especialmente desde 1808 hasta 1822, desde 1840 a 1861 y desde 1868 hasta hoy.

Nuestra política, mal traida siempre por fanáticos y calculistas, ha dispuesto, sin embargo, desde principios de este siglo, de grandes hombres, de patricios eminentes, que bajo la influencia santa del fuego de la libertad con su voz y con su sangre han sido el sosten indestructible de la escuela, del derecho y de la justicia.

Aquellos campeones parlamentarios de 1812 que, como Muñoz Torrero, Argüelles, Espiga, Mendiola y Oliveros proponían a las Cortes la definitiva abolición del Santo Oficio, crueldad de los jesuitas, origen de todo partido reaccionario; aquellos adalides que en 1820 defendían ya las bases de la democracia, o aquellos que algunas décadas más tarde lucharon en los campos y cayeron bajo el hacha del verdugo, por concluir con el oscurantismo y las estudiadas disciplinas políticas, no habrían de contener, si resucitaran, sus sentimientos de admiración y de gratitud hacia los que hoy, cansados de limar, en balde, costumbres funestas de los poderes monocráticos, de los hereditarios y de los electivos, acaban de dar el paso de las victorias, regenerando a su país con la fuerza de la soberanía, con el dominio de la libre conciencia, con el derecho autónomo de los pueblos y de los ciudadanos.

No es nuestro ánimo estudiar las insignes traiciones del desdichado Fernando VII, ingrato a las soberanas Cortes de Cádiz y a la regencia, que en él confiaban: no lo es tampoco el de enumerar actos reaccionarios de María Cristina, ni los bochornosos de su inculcable hija; como no lo es, ni debe serlo, porque el respeto y la prudencia nos lo exigen, y acatamos esta imposición, de las circunstancias, el de analizar año tras año y día por día el corto reinado de Amadeo I de Saboya, en España.

En estas horas supremas, en estos momentos de una reciente e incomparable solución, cuando por un lado se oye el ruido de los pedruzcos de un trono que por sí mismo se desmorona, y por otro se percibe el eco del entusiasmo al levantar tranquilamente la figura de la república, nuestra posición y nuestro deber reclaman que cooperemos a la gran conquista de todos los hombres probos constituidos en invencible y poderoso partido nacional.

Y justo es consignarlo: las clases todas de la sociedad y de la política, todos los elementos fuertes y débiles dan muestras de aprobación y reconocimiento.

La prensa de todos matices, si se exceptúa a la carlista, que ha perdido el sentido común, suspendiendo toda hostilidad, abraza la bandera del patriotismo y salud al nuevo sol que despija nuestra atmósfera revolucionaria.

Pero detengámonos un instante: emitamos nuestro juicio: consigüemos un parecer sin que sirva de reto para promover contiendas, sin que sea traducido como emanación de una ceguera o de una quimera.

Los poderes públicos, reunidos en un solo cuerpo, deciden por casi unánime acuerdo que la más terrible crisis nacional, la más inesperada, la de mayor trascendencia, se solucione exclusivamente con la proclamación de la república; la ilustre Asamblea resuelve así con sus votos el estado de agitación, de inquietud en que colocó a la patria una alta y respetable determinación.

Las vacilaciones se convirtieron en entusiasmo; el miedo en profunda e indeclinable fe.

¿Y quién vacilaba? ¿Quién sentía miedo? preguntarán algunos.

Vacilaba la industria, vacilaba y tenía miedo el comercio, tenían miedo y vacilaban todos los hijos del trabajo, todas las clases del estudio y la ocupación, porque la amenaza contra el orden político venía de parte de los imitadores de tiempos absolutistas, dudando quizá del espíritu esencialmente democrático, y de la voluntad inquebrantable y resuelta de los distinguidos triunfos encargados del porvenir de la revolución.

Hoy, las reacciones no existen; los ambiciosos de mando han sido entregados al desprecio por la opinión pública.

El poder ejecutivo y la Asamblea nacional merecen tributos de gloria que les rinde agradecida la nación.

Mañana vendrán nuevos representantes del Estado para hacer la Constitución definitiva.

¿Qué partido retrógrado, qué bandera contrarrevolucionaria se atreverá a declararse en guerra cuando entremos en esta lucha electoral, y después

de estar reconocida la alegría con que la patria ha saludado a la república?

¿Qué ciudadano español, qué buen hijo de su madre, qué honrado compañero del trabajo, podrá maldecir su libertad, su independencia, su condición humana, entregando la fuerza de su voluntad y de su conciencia a disposición de cualquiera ó de aventureros?

Hé aquí por qué la existencia de las reacciones es ya quimérica; hé aquí por qué los intrigantes que se suponían mandarin de profesión han desaparecido.

El sufragio universal en toda su pureza, no ha de ser maleado por un poder ejecutivo que ha nacido a su calor, que no podía, por consiguiente, tener premeditados sus designios como los que aspiran a mandar, y pretenden hacerlo cabildando; que esta, en fin, al frente de nuestros destinos para servir a la república.

El sufragio universal podrá en tal caso ser cohibido por los que, insaciables en sus propósitos, olvidan que ha sonado la hora de la rendición, y que con España, Italia y Portugal sacudirán por completo el yugo que pesaba sobre la raza latina; pero ¡ay de los que intenten semejantes coacciones! El pueblo que armado y resuelto supo encargarse de custodiar el orden en los momentos más graves y solemnes; el pueblo que no quiere más que reposo y libertad, por más que sus impostores otra cosa digan; el pueblo que disfruta ya de sus derechos y de su soberanía, será el encargado de castigar a los coactores, y enseñarles de una vez, que por un puñado de miserables monedas no se vende la dignidad del hombre ni el bienestar de sus hijos.

Comprendemos, pues, que fracciones más o menos avanzadas del gran partido nacional republicano llegasen, aunque en mala hora, a formar en la próxima Asamblea Constituyente núcleos distintos de la situación y de la oposición; unos querían la marcha pausada, otros querían el violento *más allá*, pero todos dentro de la esfera del progreso constante y de la democracia reformista.

Una oposición de reaccionarios no se comprende, no se explica, y hasta el carácter del papel que allí desempeñaría abochorna y causa estorbo. Luchar contra la libertad en todo su esplendor, luchar contra los derechos populares, base innegable del cuerpo social, es luchar contra la existencia de la patria como tal patria, del Estado como colectividad soberana de sí misma y como independiente de exclusivismos y autoerancias.

Nosotros que, paso a paso, sin detenernos ante escollos ni tenebrosas amenazas, hemos seguido el sendero natural del progreso, defendiéndonos siempre y en todas condiciones; nosotros que tras una y otra monarquía, en busca sin descanso de la más perfecta libertad, entramos rudamente atacados de frente y por la espalda, al fértil campo de las reformas, sujetos estamos por deber y por ideas a cuanto exigen los tiempos, las necesidades y la historia; y democratas de corazón, no hemos de separarnos de la bandera que redima por completo la libertad y el pueblo porque tanto hemos trabajado.

¡Ojalá que esas banderías reaccionarias, borrando antiguos hábitos, desechando preocupaciones necias y entregándose al convencimiento de una fe patriótica, leal y desinteresada, dominasen sus iras con la plenitud del sentimiento de la democracia!

Si no lo hacen, pesada es su vida, azaroso su porvenir: hoy la república española inscribe en la historia universal nuestro período más brillante; mañana los estrechos lazos de fraternidad disiparán en toda la raza latina el tormento de las ambiciones y la locura de los retrógrados.

### EL DISCURSO DEL SEÑOR MARTOS.

Cuando un pueblo atraviesa una crisis tan profunda como la iniciada por la renuncia de D. Amadeo; cuando se verifica una transformación tan importante como pacífica; cuando una nación se encuentra entre un poder ejecutivo muerto y otro que comienza a vivir, no hacen falta largos discursos; sólo se necesita un acto, un acto que venga a dar fuerza y robustecer al poder nacional; para vencer todas las dificultades presentes y futuras.

Así lo comprendió el Sr. Martos, que en esta ocasión ha dado una prueba más, pero una prueba plena, de sus altas condiciones de hombre político, de hombre de acción, de intérprete de las necesidades públicas. Su discurso, lejos de ser un edificio de palabras sin concepto, como ocurre muchas veces en ocasiones análogas, es una verdadera y completa síntesis de la política salvadora, de la política que puede perpetuar la república española, de la política que puede arrollar todos los inconvenientes y aplastar a todos los enemigos de la democracia.

El presidente de la Asamblea nacional indica,

siquiera fuese del único modo que puede hacerse desde un puesto tan elevado, que la república está amenazada por los enemigos de la libertad, que no han de perdonar medio de vencerla, ya buscando la división entre los partidos que se han colocado dentro del gran molde en que ha de recibir nueva forma la vida de la sociedad española, ya alentando a los ilusos apellidados intransigentes, ya, por último, debilitando la fuerza de los poderes populares. Por eso el señor Martos pedía, y pedía con la mayor razón a la Cámara, que robusteciera aquel poder entregándole su entera confianza; y al propio tiempo señalaba al ministerio su línea de conducta que debía seguir según las circunstancias.

¡Dichosos nosotros si los poderes no se separan de la línea trazada por el Sr. Martos en su discurso del miércoles! ¡Dichosos nosotros si el pueblo, de quien emanan todos los poderes, desoye el meloso canto de la sirena liberticida, y unido en sus aspiraciones y unificado en su acción camina por la senda de la libertad, que es el único modo de avanzar la república y labrar la felicidad de la patria.

Nada de impaciencias, nada de rencores, nada de intransigencia por parte de los ciudadanos, nada de debilidad, nada de cobardía ante las dificultades que ha de ofrecer el arraigo de una forma de gobierno desconocida hasta el presente en nuestra patria; nada de temerario é imprudente por parte de los poderes públicos. Esto significa el acto político realizado por el señor Martos en la última sesión de la Asamblea nacional, y excusado creemos encomiar su mérito, si bien no su trascendencia política.

Las palabras del Sr. Martos indicaban el punto de donde habían de partir los tiros contra la república, han sido un verdadero augurio. En efecto; ya leemos en la prensa conservadora de ayer ataques indignos al ministerio, puestos en boca de cierta parte del gran partido nacional, aunque inventados por esas imaginaciones, no tan grandes como mal empleadas, puesto que van dirigidas contra la nueva forma de gobierno.

Ya los vemos despertar la ambición en los unos, el desprecio en los otros, el odio en aquellos; procurando de este modo promover un conflicto doloroso para todos y que de muerte a la libertad.

Ya los vemos, por último, adular a las masas excitándolas contra lo constituido, sin duda para hacerlas instrumentos de sus menzudos planes.

Todo esto lo preveía el Sr. Martos, y por eso aconsejaba, pedía a los poderes públicos que a todo estuvieran atentos, si habían de salvar la libertad y la república.

### EL DESEO DE LA LIBERTAD.

Llenó nuestro corazón de patriótico júbilo al insertar en las columnas de nuestro diario el telegrama que a continuación hallarán nuestros lectores; nos obliga a dedicar, siquiera sean muy breves, algunas frases al anciano ilustre que desde su tranquilo hogar en Logroño absorbe la atención y el cariño de todo pecho liberal y honrado.

El adalid incansable del progreso; el que supo dar término al mas digno a una sangrienta y larga guerra civil; el que al frente de la nación y en la época de las camarillas y los intrigantes palaciegos, firme y decidido salvó la bandera del derecho, rota poco más tarde por la ingratitude y la ambición de desleales testas coronadas; Espartaco, esa gloria nacional, cabeza reconocida de nuestro gran partido, hombre que todo lo pone a su amor por la patria, genio del desinterés, que nada pretende, que nada ambiciona; político profundo, ejemplo de nuestros días, observa desde su retiro la marcha de los acontecimientos y prevé, con el auxilio de su ilustración y de sus constantes prácticas, soluciones y resultados.

Honra del gran partido liberal ha sido siempre el progreso sin interrupciones, y cuando cuatro años después de una gloriosa revolución una Asamblea nacional, de la que constituye la mayor parte, se propone completar obra tan solemne, y orgulloso y satisfecho contribuye a ello el dignísimo patriota, héroe de la libertad; el consecuente dueño de la Victoria, reconoce y acata, como todo su partido, el poder supremo de la voluntad del país que proclama una nueva forma de gobierno.

Los corazones liberales no podrán menos de bendecir una vez más al nobilísimo anciano cuya biografía está escrita, recordando en cada una de sus canas un hecho de honor para el pueblo y para su libre porvenir.

El telegrama recibido ayer en Madrid es el siguiente.

Logroño 13-12, 25 minutos. —Madrid 13 de Febrero, 1.35. —Al gobierno de la república, el general Espartaco.

Cumplase la voluntad nacional, ha sido y será siempre mi lema: los Cuerpos Colegisladores, en

uso de su soberanía, han proclamado la república que yo acato, y doy las más expresivas gracias a todos los señores que forman el gobierno por las consideraciones que se han dignado dispensar a este veterano de la libertad, que, ajeno siempre a toda mira personal, nunca su ambición conoció más móvil que la ventura de su patria. Logroño 13 de Febrero de 1873. —Baldomero Espartaco.

Ya principian los trabajos inicuos de los constantes perturbadores del orden, de los enemigos de cuanto a la libertad propende, para ver de ocasionar disensiones, extravíos, demoralización y descrédito, pero no lo conseguirán; desde nuestras alturas velaremos por el pueblo, y los principios democráticos saldrán a flote, mal que a esa ruin hostilidad cuadre y parezca.

En *El Eco de España*, como en algún otro diario, vemos algunas líneas que no tienen otro objeto que el que dejamos indicado; nadie ha percibido las muestras de vacilación ó de inquietud que este colega achaca a determinada fracción federal que no existe, porque al ser proclamada la república, sus buenos hijos todos constituyen un solo cuerpo, una sola compacta colectividad que camina en pos de una levantada y justa aspiración.

Lo que nos ocurre, lo que ocurrirá a cuantos con serenidad y reposo critiquen y juzguen, es que estas noticias, con el *dice y no les falta razón*, y con las consideraciones que ese periódico hace como que reproduce, son ni más ni menos que el recurso a que dolorosamente apeñan los vencidos, los desdichados por la opinión y por la soberana voluntad del país.

Será posible que las reacciones, destruidas en todos terrenos, que debieran esconderse ante la clara luz del nuevo día, que debieran huir a obardadas y en el desengano, sea posible que intenten llevar la duda y excitar el espíritu de los crédulos que suelen exaltarse?

Será posible que en la oscuridad y la lobreguez de su reducido y apartado campo continúen con sus jesuiticas costumbres, conjurándose y conspirando para perturbar, a fuerza de amagos y de oro, el sosiego y el porvenir de la república?

¿Quién sabe! Pero ello es que con una cordura que nunca hemos negado, con el peso de la mayor sensatez, termina anoche *La Política* su artículo editorial con este significativo párrafo:

«El preciso que los que más influencia tienen entre las masas populares y han sido por ellas oídos y atendidos, bajalen indeciblemente en los clubs, en las plazas y calles, en la prensa y en todas partes en convenciones de que su interés individual es solidario del interés social; de que los que otra cosa les digan sólo se proponen explotar en provecho propio y conducirlos a su ruina.»

Los que tanto han declamado contra los cortos nos de los reyes, deben clamar con no menos fuerza contra los cortos nos del pueblo, contra sus aduladores que tratan de extraviarle. Si así no se hace y se deja que tomen cuerpo y forma ciertas predicciones, sólo Dios sabe a dónde se irá y lo que podría dar de sí el farsameo de la república.

Razonadas y oportunas son estas observaciones del colega, y nosotros, que creemos firmemente basada la república; nosotros, que presenciamos el entusiasmo ardiente de toda la nación, debemos llamar la atención sobre esas falsedades de la prensa reaccionaria, y acudirnos a la prudencia, a la mesura de todos cuantos en la política viven, para que la dignidad de todo nuestro honrado pueblo no llegue a ser presa inocente de los que de fijo gozarán con el resultado de colisiones que nos perturben.

Ayer se recibió en el ministerio de Estado el siguiente satisfactorio telegrama:

Paris 12 Febrero 1873.

Emilio Castelar. —Madrid.

Los sur-americanos residentes en París saludan la proclamación de la república en España. —Hector Varela, argentino. —Gaballos, mejicano. —Manuel Viga, chileno. —General Veintimilla, ecuatoriano. —Fernando Casas, peruano. —Fernando Bolívar, venezolano. —Ramon Gomez, Rufo Guzman, Joaquín Maldonado, Antonio Angel, Rafael Samper, Fernando Conde, José Vera, Molero, Herrero y otros colombianos. —Adriano Paz.

Los Voluntarios de la libertad de Madrid, así individual como colectivamente, se han conducido y conducen en las actuales circunstancias de la manera más digna y patriótica. Hoy tenemos que dar cuenta a nuestros lectores de un gran servicio prestado a la causa del orden y de la libertad, por el bizarro y entendido teniente de la 8.ª compañía del 5.º batallón, D. José Mora y Bellver, quien habiendo recibido la mañana del día 11 la orden de marchar al polvorín de Carabanchel por seis carros de municiones para la Milicia ciudadana de Madrid, ha cumplido dicha importante misión conduciendo a esta capital, después de no pocas contrariedades y precauciones, los mencionados seis carros, cuyo cargamento tanto se presta a una terrible explosión al mas leve descuido por parte de sus conductores. D. José Mora y Bellver, así como los valientes voluntarios que a sus órdenes llevaban, han prestado un buen servicio a la causa del orden, depositando al anoche del mismo día 11 en el cuartel de la Milicia las municiones, no obstante los riesgos que corrieron en los momentos de mas efervescencia y tumulto, atravesando las principales calles de Madrid con la energía y discreción que su cometido exigía.

Felicitemos desde nuestras columnas a tan buenos patriotas, y muy singularmente a su jefe inmediato el entendido Sr. Mora.

Gran número de vecinos de Cazalla de la Sierra habían dirigido a las Cortes por conducto de nuestro querido amigo y correligionario D. Ra-

fael M. de Labra, la siguiente exposición, expresión elevada de sentimientos humanitarios en favor de la noble causa de la abolición de la esclavitud:

### «A LAS CORTES.

Los que suscriben, amantes del progreso y poseídos del más fervoroso entusiasmo en pro de la abolición de la esclavitud en nuestras posesiones de Ultramar, no pueden menos que exponer con la mayor euforia, y cumpliendo con las exigencias humanitarias de su estricta conciencia, que esa baldon ignorancia, esa mancha criminal que se encuentra todavía en parte del territorio español, desmintiendo nuestra honra, desaparezca para siempre de las provincias de Cuba y Puerto-Rico.

Los nobles sentimientos filantrópicos y la hidalguía de los habitantes de la nación española hacen que, hoy más que nunca, demuestren el gran deseo que rebosa en sus corazones, por que la redención del esclavo sea un hecho real y positivo, y que los autores de manifestos reaccionarios, imputados por las pasiones políticas a influencias de los traficantes de carne humana, vuelvan las espaldas avergonzados de su indigna obra, y reciban del país, del magnánimo gobierno y de los ilustres Cuerpos Colegisladores, el desprecio que se merecen por sus instintos de ferocidad y su punible proceder.

Los exponentes, animados del gran fervor que sustentan para defender los derechos y deberes del hombre, ruegan a las Cortes españolas que, cumpliendo el sagrado compromiso y fieles a sus promesas, satisfagan nuestras justas aspiraciones, que son las de hombres honrados; decretando la abolición inmediata de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico, para que aquellos infelices negros, que viven hoy alloggados con los sinsabores de su penosa vida, vuelvan los ojos al sol: Omnipotente y muestren su gratitud a todos los corazones humanitarios que han contribuido a que sean rotas sus cadenas para siempre, y que convertidos en verdaderos ciudadanos, bendigan eternamente los refulgentes destellos de la libertad. (Siguen docientos firmas.)

Cazalla de la Sierra 2 de Febrero de 1873.

El periódico moderado *El Eco de España*, que califica a los periódicos radicales de más satifechos y más insolentes que los diarios republicanos, asegurando que nos desatamos en impropiedades contra los conservadores y que habíamos del triunfo de la república como si fuese el de la causa que hemos defendido, tiene además el impudico valor de llamar procaz a *La Tertulia*.

Procazidad y disparatada es la del órgano que, sin querer desengañarse de las torcidas ambiciones y propósitos que defiende, porque el colega alfonso carece de escuela, de principios y de dogma, procazidad y disparatada es, repetimos, la de tachar de insolentes, no sólo a los republicanos, sino a nuestros colegas: los conservadores tienen que ser y son combatidos por la fuerza de la razón política y por la fuerza de los acontecimientos, y si a *El Eco de España* le hace esto rabiar, rabie en buena hora; pero sufra las consecuencias, porque las reacciones en este período son como el plillo asqueroso, que es preciso arrancar de la vida de los partidos y del curso de la libertad.

Si con esto quiere más, ne pida el cazorro moderado; pero no por llamarnos insolentes nos quiera provocar a ello con insolencias las peores.

Anoche se presentó y aprobó en la Tertulia radical-republicana la siguiente importante proposición, cuya oportunidad no necesitamos encomiar. Dice así:

«Los socios que suscriben, proponen a la Tertulia se sirva nombrar una comisión que pase al Casino republicano a ofrecerle sus respetos, a la vez que a manifestar a dicha corporación la esperanza que abriga la Tertulia de que todos los sostenedores de la república se auxilíen ríprocamente para llenar el noble cometido que la patria les ha encomendado. —J. Calderón Llana, M. Calavia, Eduardo Gomez Sigura, Ignacio Rodriguez, Andrés Ruizgomez, Rafael Gracia.»

La comisión de que mas arriba se habla, presidida por el brigadier Carmona, fué recibida por los socios del Casino republicano con singulares muestras de cariño y deferencia, retirándose la comisión satisfecha del patriotismo y acendrado amor a la libertad del Casino republicano, cuyas ideas de unión y concordia, expuestas elocuentemente por uno de los socios, hicieron que el Sr. Carmona se expresase en iguales términos en nombre de la Tertulia radical republicana.

La cuestión de orden público presentaba ayer en las provincias, lo mismo que en la capital, el aspecto más satisfactorio. Las juntas constituidas en Córdoba, Soria y otras grandes poblaciones, han sido disueltas a excitación del gobierno y de las autoridades locales.

Los sucesos de Málaga no han tenido la importancia que los reaccionarios le suponían ayer. Hubo en aquella ciudad algun desorden a causa, según nuestras noticias, de haberse refugiado el gobernador civil en un buque inglés sin proclamar la república; pero la diputación provincial se constituyó a seguida en junta de salvación y pidió al gobierno que enviase nuevo gobernador, lo cual se ha hecho ya, pues se nos asegura que anoche mismo salió para Málaga el Sr. Ocon, diputado republicano, cuya sola presencia bastara para restablecer allí por completo la calma.

Ayer tarde han estado reunidos en Consejo los miembros del poder ejecutivo tratando la cuestión de orden público, la de Hacienda y la de programa ante la Asamblea soberana.

Entre las decisiones que hoy someterá a la resolución de la Asamblea el poder ejecutivo, figura la exarcelación de todos los republicanos presos por delitos políticos.

Elocuentísima y sentida ha sido, según se nos dice, la respuesta dada por el ministro de los Estados-Unidos a la circular dirigida por el ministro de Estado español a las potencias extranjeras. M. Fish se felicita de que esta forma











